

Redes territoriales, identidad y cooperación en la Comunidad Valenciana

Ramón Llopis Goig

Universidad de Valencia

Miguel Vidal González

Universidad Politécnica de Valencia

Recibido, Febrero de 2006; Versión final aceptada, Noviembre de 2006.

PALABRAS CLAVE: Redes territoriales, Cooperación, Localismo, Complejidad, Multifuncionalidad.

KEYWORDS: Territorial nets, Cooperation, Localism, Complexity, Multifunctional.

Clasificación JEL: R10, R14

RESUMEN

Este trabajo estudia las relaciones existentes entre las percepciones identitarias asociadas al territorio y los modelos de desarrollo territorial, y analiza la relación eficiente entre la complejidad identitaria asociada a la fragmentación y el localismo y las nuevas formas de planificación territorial. Recurriendo a la Comunidad Valenciana como caso de estudio, se muestra como el deslizamiento de ésta hacia un hiperlocalismo identitario, obliga a desarrollar redes de cooperación territorial. En este sentido, el artículo establece la pertinencia de una transitividad parcial de algunos de los análisis realizados sobre la Comunidad Europea al ámbito regional.

ABSTRACT

This paper studies the relationships between the identity perceptions associated to the territory and the models of territorial development, and it analyses the efficient relation between the identity complexity associated to the fragmentation and the localism and the new forms of territorial planning. Using the Valencian Community as a case study, this paper shows how the slip of this Community towards an identity localism, forces to develop nets of territorial cooperation. In this sense, the article establishes the suitable trend of a partial transitivity of some of the analyses made on the European Community to the regional scope.

1. INTRODUCCIÓN

En la actualidad, es habitual admitir que la globalización está desbordando los planteamientos tradicionales del estado-nación, llevando a una crisis de intermediación institucional y a un incremento de la complejidad y la incertidumbre. Esta desintermediación provoca un sentimiento de agorafobia que hace pensar en la necesidad de que la identidad ciudadana o nacional se amplíen a una identidad cosmopolita o universal. Pero, como cuestiona Habermas "¿acaso puede tener un

sentido exacto semejante identidad?" (Habermas, 1986). La realidad muestra cómo, en muchos casos, el espacio sin limitaciones aparece como un muro infranqueable ante el que cabe retroceder y buscar refugio. De modo que ante el desbordamiento del Estado-nación por la soberanía incuestionable de los flujos financieros, estamos asistiendo a una potenciación de las identidades locales como lugar de arraigo identitario.

La tendencia señalada sitúa a las regiones en la primera línea de resistencia frente a ese hundimiento. En el caso de la Comunidad Valenciana, sin embargo, al darse históricamente una debilidad en el *nosotros*, esa línea se desplaza hacia una mirada de identidades locales, que potencian un hiperlocalismo con conexiones débiles y reactivas.

El objetivo de este trabajo es trasladar al ámbito de los estudios regionales el análisis que Beck realiza, a escala europea, sobre el cosmopolitismo. El trabajo presentado se apoya, metodológicamente, en el estudio de caso de la Comunidad Valenciana. El análisis realizado muestra que esa comunidad plantea, en el nivel regional, dilemas similares a los planteados por Beck en el ámbito europeo, por lo que se concluye la pertinencia de aplicar las mismas recomendaciones de cosmopolitismo en el entorno de la Segunda Modernidad. Así, el reto de la Segunda Modernidad en territorios fragmentados como el valenciano, pasa por fomentar un archipiélago de ciudades que no naufraguen en el inconmensurable océano globalizado.

2. COMPLEJIDAD Y ESTUDIOS REGIONALES

La complejidad ha entrado de lleno en los estudios regionales, obligando a plantear una diversidad de nuevas propuestas de organización que den respuesta a los nuevos retos, desde la actualización de los distritos marshallianos (Becattini, 2002), los entornos innovadores (Camagni, 2002), las redes de ciudades (Borja *et al.*, 1998), las concentraciones especializadas (Trullén *et al.*, 2002) o los propios clusters del sistema económico valenciano (Ybarra, 1998). En todos los casos, se plantean estrategias para asumir la nueva complejidad, en vez de mantener la posibilidad de reducir la complejidad según los criterios de la Primera Modernidad.

Partimos de la idea de que intentar reducir la complejidad –cuando no ignorarla– mediante el impulso homogeneizador, en lugar de asumirla, no hace sino crear una dificultad añadida. En este sentido, una de las formas en que se produce complejidad social es por medio del bucle complejizador que se establece a partir del interés en reducirla (Zolo, 1992). Para el sociólogo alemán Ulrich Beck esa es una de las realidades presentes en la actual construcción de la Europa política, por lo que se plantea la necesidad de que desde el punto de vista de la política europea, la lógica de la diferencia inclusiva significa afiliaciones múltiples (Beck, 2006: 138).

En el contexto actual, la velocidad de las transformaciones sociales, la creciente aceleración de la obsolescencia y la innovación tecnológica nos introducen dentro de un marco de incertidumbre y riesgo, en el que el entorno marca la pauta sobre sistemas que ya no pueden considerarse como cerrados. De esta manera, nos encontramos frente a una nueva realidad en que el ambiente es considerado como enormemente complejo y el sistema debe ajustar su propia complejidad con el ambiente (Luhmann, 1971).

Si podemos aproximarnos al concepto de complejidad como la totalidad de los acontecimientos posibles, y si aceptamos que el entorno, conducido por la espiral de los contradictorios procesos globalizadores, no hace más que multiplicar constantemente el número de posibilidades (es decir, que se ha vuelto enormemente volátil y más complejo), hemos de aceptar que los sistemas complejos, determinados como aquellos que tienen una pluralidad de posibilidades que son compatibles con su estructura son los que están en condiciones de afrontar los nuevos retos de variabilidad con mayores garantías de éxito¹.

De esta manera, lo interrelacionado, lo que se ha interconectado, su estructura reticular, se adapta mejor a la variabilidad de un mundo en constante cambio y adquiere una preeminencia frente a los modelos lineales. La integración sistémica se desentiende así de la dialéctica unidad-desorden.

En gran medida, ese es el proceso que se ha venido desarrollando en la Comunidad Valenciana durante los últimos años como parte del intento de encorsetar la gavilla identitaria valenciana dentro de un modelo unitario que respondería a la idea de una sociedad vertebrada según la lógica de la confluencia entre estado, mercado y sociedad, en la que se consideraba que el sistema era el resultado de la subordinación de las partes a un todo y donde no se hacía referencia al ambiente exterior del mismo (Luhmann, 1971).

En este contexto, la complejidad que presenta la Comunidad Valenciana en relación con una identidad considerada conflictiva y anómala, podría verse, no como un problema, sino como el principal activo de un archipiélago de ciudades interrelacionadas según un "modelo de concentración dispersa". En ese modelo la idea de la unidad deja paso a la "integración a través del conflicto" (Beck, 1998), principio fundamental de todo sistema democrático.

Sin embargo, la Comunidad Valenciana parece seguir apostando por una vertebración unificadora, lo que supone insistir en la reproducción a escala de un modelo de gobernabilidad de naturaleza westfaliana. Parece, en definitiva, aspirar al dudoso honor de instalarse en el siglo XXI con la ideología de siglos anteriores. Podría decirse, por tanto, que se adentra así en lo que Freud denominaría una neu-

1 Nelly (1996), citado por Castells (2000).

rosis, esto es, la reacción ante una situación nueva mediante lentes propias de una situación anterior. O para decirlo con palabras de Habermas (1999), la Comunidad Valenciana permanecería inmersa en el rechazo antimoderno de la complejidad de las condiciones sociales, que encuentra una de sus representaciones actualmente más importantes en las potencialidades de las ciudades abiertas, cosmopolitas, polifuncionales, participativas y relacionadas entre sí en un entramado reticular.

2.1. Comunidad Valenciana: locales en la glocalidad

En Europa, el debilitamiento de los estados nación encuentra un punto de resistencia a la fragmentación en las regiones. Así lo ponen de manifiesto las reformas expuestas y después retiradas del presidente de la Comisión Romano Prodi en el Libro Blanco sobre la gobernabilidad de Europa de julio del 2001, la propuesta de Schröder de tomar como modelo europeo los *länder* germánicos, o la existencia de un Comité de las Regiones (1993) que no estaba previsto en el tratado de Roma.

En la Comunidad Valenciana, sin embargo, teniendo en cuenta la debilidad de ese ámbito de referencia identitario, el punto de resistencia de la fragmentación se desplaza hasta una miríada de localismos, favorecidos por la superposición de una gavilla de identidades divergentes y una geografía urbana dispersa en el territorio. De esta forma, la Comunidad Valenciana es cada vez más localista, ya que las identidades reactivas intraterritoriales se realimentan por la intensificación de las identidades defensivas, frente un proceso globalizador que difumina las fronteras y crea una crisis de agorafobia y desamparo.

Así, el ámbito local se presenta como uno de los últimos refugios, debido en gran parte a un intenso “rechazo a redefinirse” (Touraine, 2002). Podría decirse, por tanto, que en la Comunidad Valenciana hay una transición del localismo al hiperlocalismo. La exposición a una glocalidad que sea puramente reactiva o defensiva se acentúa y se vuelve más intensa que en otras partes del estado o Europa, precisamente por el carácter anómalo de la identidad valenciana.

2.2. El hiperlocalismo valenciano

La sensación de pertenencia a un determinado ámbito territorial puede constituir uno de los fundamentos básicos de la identidad colectiva. De ese modo, las identidades territoriales de la población se refieren frecuentemente a espacios geográficos concretos y a grupos sociales pequeños, donde el individuo ha desarrollado parte de su socialización y conocimiento del mundo físico y social circundante. Es por eso que puede destacarse una estratificación de la identificación territorial de los ciudadanos en una dimensión que iría de menor a mayor alcance y que estaría compuesta por el pueblo o localidad, la provincia, la comunidad autónoma y el es-

tado y las uniones de estados. Esta identificación se corresponde con los espacios del lugar de nacimiento o lugar donde se ha crecido, es decir, con una identificación emocional, para ubicarse posteriormente en espacios más amplios donde se comparten mundos culturales y simbólicos propios. Los estudios sociológicos que abordan la dimensión territorial, registran de manera constante unos elevados niveles de identificación local de los españoles.

Esta circunstancia estaría relacionada con diversas causas como la escasa movilidad geográfica (CIRES, 1995), la persistencia de la mentalidad agraria incluso en urbanícolas (de Miguel, 1992), el arraigo del municipio como consecuencia de su histórico carácter de unidad de población y administración (García Ferrando, López Aranguren y Beltrán, 1994), la proximidad del municipio al ciudadano, y finalmente, el hecho de que en los últimos tiempos el ayuntamiento ha aumentado sus competencias en áreas tan importantes como el orden público, el tráfico y los servicios sociales, entre otras (Hernández, 1997: 369).

CUADRO 1
IDENTIFICACIÓN TERRITORIAL DE LOS ESPAÑOLES

	1991	1992	1993	1994	1995	1996
Pueblo	45	41	43	43	45	47
Provincia	8	9	8	9	10	9
C. Autónoma	15	18	15	16	13	15
España	23	24	24	23	23	21
Europa	2	2	2	2	2	2
El mundo	5	5	6	6	6	6
Ninguno	1	1	1	1	1	1

Fuente: CIRES. La realidad social en España. 1991 a 1996. BBV-BBK-Caja Madrid.

Pero lo que realmente llama la atención, es que en el caso de la Comunidad Valenciana se encuentran los índices más altos de identificación local y provincial. Por otro lado, la identificación de los valencianos con la propia comunidad (pese a tener motivos para ser considerada una de las comunidades *históricas*) es de las más bajas de España (solamente los castellano-leoneses se identifican menos con su propia comunidad autónoma). Así se puede apreciar en la siguiente tabla:

CUADRO 2
IDENTIFICACIÓN TERRITORIAL POR COMUNIDADES AUTÓNOMAS

	Pueblo-ciudad	Provincia	Comunidad	España
Andalucía	56	9	14	15
Canarias	32	13	26	15
Castilla-León	54	7	2	28
Castilla la Mancha	63	6	4	20
Cataluña	30	4	32	22
Galicia	44	6	24	18
Madrid	26	10	11	40
País Vasco	49	5	25	11
C. Valenciana	64	15	3	13
Total España	47	9	15	21

Fuente: CIRES; La realidad social en España, 1996. BBV-BBK-Caja Madrid.

La orientación localista de los valencianos es una realidad claramente contrastable a lo largo de la década de los noventa. Durante la primera mitad de la década de los noventa, en la Comunidad Valenciana crece la identificación local, que pasa del 51% al 64%, la más alta de todo el estado español; crece también la identificación con la provincia, que se eleva del 11% al 15%, y consecuentemente, decrecen los sentimientos de identificación con la comunidad, que pasan del 11% al 3% y con España, que también se ve reducido, pasando del 21% al 13%.

Otros estudios sociológicos posteriores, planteados con otras escalas pero con la misma finalidad, permiten verificar la contundencia de esta tendencia en la segunda mitad de los noventa (García Ferrando y Ariño, 2001). Estos concluyen que entre los valencianos, de 1995 a 2000 se habían producido un reforzamiento del sentimiento de pertenencia local sin menoscabo aparente de los sentimientos de pertenencia más globales y genéricos a la Comunidad Valenciana y España (2001: 274).

CUADRO 3
IDENTIFICACIÓN TERRITORIAL POR CCAA EN LA DÉCADA
DE LOS NOVENTA

C. Autónoma	Pueblo / ciudad		Provincia		Comunidad		España	
	1991	1996	1991	1996	1991	1996	1991	1996
Andalucía	39	56	14	9	25	14	17	15
Canarias	51	32	9	13	15	26	17	15
Castilla León	51	54	12	7	7	2	23	28
Castilla la Mancha	60	63	7	6	4	4	21	20
Cataluña	30	30	5	4	30	32	22	22
Galicia	44	44	5	6	25	24	16	18
Madrid	19	26	4	10	8	11	55	40
País Vasco	38	49	7	5	26	25	22	11
C. Valenciana	51	64	11	15	11	3	21	13
Total	41	47	9	9	18	15	24	21

Fuente: CIRES; La realidad social en España: 1991 y 1996. BBV-BBK-Caja Madrid.

3. MODELOS DE DESARROLLO: EL "SALTO DE LA RANA"

Con la expresión "el salto de la rana" se ha venido a denominar el proceso por medio del cual las sociedades preindustriales o poco industrializadas intentan acceder a un modelo de desarrollo informacional sin pasar por un estadio industrial intensivo.

La situación de la Comunidad Valenciana puede ser considerada como ideal para realizar "el salto de la rana" en el ámbito de la innovación política, económica, identitaria y social. Así, podría pasar de ser una sociedad inmersa en el intento de vertebrar territorial una miríada de identidades nucleares, a ser una red de ciudades vertebradas según un modelo policéntrico. Esto haría de la flexibilidad organizativa un camino de innovación social, y permitiría considerar el actual sistema disperso de ciudades como el activo más importante de la Comunidad Valenciana. Para ello sería necesario asumir y potenciar la personalidad propia de las diferentes ciudades y garantizar su interconexión. Esto haría de la cooperación el núcleo central de una identidad común y el camino para conseguir la masa crítica que permitiera la integración con garantías de éxito en la competitiva red de ciudades europeas.

En definitiva, descentralizando políticamente lo que siempre ha estado socialmente descentralizado y asumiendo como identidad una complejidad irreductible.

Es en este sentido en el que la Europa cosmopolita, entendida como un proyecto en marcha de la diferencia inclusiva, que propone Beck (2006), es aplicable al caso valenciano. Especialmente porque la superposición de un archipiélago de ciudades y una gavilla de identidades locales divergentes en la Comunidad Valenciana, no solo favorece una estructura de organización reticular e inclusiva, sino que prácticamente la determina. Por el contrario, la insistencia retórica en la integración bajo un modelo piramidal fuertemente estructurado, no hace sino convertir la gavilla identitaria valenciana en un puzzle de piezas cada vez más irreconciliables.

En suma, se propone pasar de ser una gavilla de realidades discordantes a un archipiélago de ciudades unidas por aquello que las separa. Con otras palabras, podría definirse la tradicional desvertebración de la Comunidad Valenciana como un sistema débilmente vertebrado de forma reticular, que necesita ser activado para lograr una “multiplicidad coexistente” (Deleuze), una “multiplicidad dispersa” (Foucault), o “afiliaciones múltiples propias de una diferencia inclusiva” (Beck, 2006).

4. EL PAPEL DE LAS CIUDADES

Los primeros teóricos de la globalización, fascinados en un principio por las nuevas posibilidades que parecían sugerir las tecnologías de la información, predijeron la decadencia de las ciudades a causa del impulso de fenómenos como el teletrabajo, la telecompra o la teleasistencia que permitirían una disociación creciente entre lugar y actividad. Como recuerdan Sennet y Beck (2000), en los albores de la globalización se extendió la idea de que el lugar iba a perder su importancia.

Sin embargo, lo que ocurre es justo lo contrario; se ha demostrado que los flujos tienen origen y destino en lugares, y que esos lugares necesitan unas determinadas economías de escala y de aglomeración que solamente pueden ofrecer los núcleos urbanos multifuncionales en los que se producen sinergias gracias a “las concentraciones de conocimiento científico y técnico, instituciones, empresas y trabajo cualificado que constituyen las fuerzas de la innovación en la era de la información” (Castells, 2000).

De esta forma se puede decir que la economía globalizada se articula territorialmente en torno a redes de ciudades (Sassen, 1996). Ciudades que siguen un camino de creciente individualización y desvinculación de los territorios a que tradicionalmente se venían asociando (estado-nación) al lado de un proceso de interconexión entre sí. Así, las ciudades y su entramado de intercambios aparecen como las nuevas estrellas de un firmamento que ve disminuir la luz de los estados-nación.

4.1. La Comunidad Valenciana como archipiélago de ciudades

La complicada orografía valenciana dio lugar a determinados núcleos urbanos, especialmente en las comarcas del interior, pero también en la costa, que sin tener la suficiente población, dotaciones comerciales o industria, se constituyeron en centros de atracción de su entorno a causa de su aislamiento y a las distancias que los separaban de otros núcleos urbanos. Sin embargo, fue sobre todo el desarrollo económico en la Comunidad Valenciana, fundamentado en unas industrias que necesitaban gran cantidad de mano de obra (calzado, textil, muebles, y posteriormente turismo y construcción), las que propiciaron el desplazamiento de las áreas rurales hacia los núcleos urbanos, configurando, sin planificación territorial, la actual estructura de ciudades.

Esta estructura puede ser considerada como un sistema territorialmente disperso y policéntrico, débilmente estructurado según una jerarquía funcional, pero ausente de una ciudad claramente dominadora en el conjunto del ámbito territorial, a pesar de las fuertes influencias de las tres capitales de provincias en sus respectivas áreas de influencia.

Esta dispersión y su débil estructuración han sido consideradas tradicionalmente como algunos de los factores que más han contribuido a la desvertebración del territorio. No obstante, este es el principal activo del que dispone una Comunidad Valenciana dispuesta a caminar por la senda de la “concentración dispersa”.

Como proponían en 1980, con una perspectiva llena de lucidez, los autores del libro *Introducción a la Economía del País Valencià*, la realidad territorial autonómica: “posibilita un crecimiento multipolar que si se hace de una forma más desconcentrada puede dar lugar a otro modelo territorial más justo y racional para todos los que vivimos y trabajamos en el País Valenciano” (Martínez Serrano *et alii*, 1980). De esa forma, con el nuevo paradigma informacional, “otro modelo territorial” no solamente es adecuado, sino que las nuevas circunstancias potencian sus posibilidades y, por que no añadirlo, su necesidad, especialmente cuando el actual modelo basado en la lógica westfaliana ha demostrado su impotencia unificadora.

En este sentido, la Comunidad Valenciana ha presentado –y a pesar de todo todavía presenta–, la base de una estructura de red en su sistema de ciudades, con conexiones débiles y frecuentemente reactivas. Estructura adecuada para llevar a cabo una política de concentración dispersa, en consonancia con las nuevas posibilidades introducidas por la sociedad de la información.

4.2. Una nueva gobernabilidad: “la concentración dispersa”

“Concentración dispersa” era la expresión utilizado en 1980 por los autores de la *Introducción a la Economía del País Valencià* para definir su propuesta de estructu-

ración territorial. Sin embargo, un análisis actualizado debe ir mucho más allá, para establecer la concentración dispersa como un nuevo modelo de gobernabilidad política y de desvertebración vertebradora en lo económico y social. Y ello, en un momento en que las redes de ciudades son ya una realidad que permiten llevar a cabo un proceso que Castells (2001) ha denominado, con una más que significativa coincidencia, “concentración descentralizada”.

Este proceso introduce la posibilidad de conseguir en regiones polinucleares y heterogéneas, como es el caso de la Comunidad Valenciana, una masa crítica hasta ahora inexistente en los procesos de intercambio, interacción e interdependencia con el resto de la red española y europea, que no estaría agrupada geográficamente al estilo de las megaciudades, sino dispersa gracias a su actual estructura de ciudades. De este modo se evitarían las deseconomías externas que afectan a las grandes urbes, y se haría posible un espacio convivencial físico de dimensiones agradables y un tamaño que permitiría la experimentación de nuevas formas de democracia directa, desactivaría las identidades locales reactivas (y básicamente aisladas), y asumiría, de esta manera, un mayor sentimiento de pertenencia a un espacio, no homogéneo, pero sí común. Más de veinte años después, y a pesar del nimio avance en este sentido, el Catedrático de Robótica de la Universidad de Valencia, Gregorio Martín, seguía insistiendo en la importancia para la Comunidad Valenciana de “una red integrada de ciudades que dejan de competir y se sientan parte de una realidad”².

4.3. La multifuncionalidad en la Comunidad Valenciana como riesgo

La multifuncionalidad es una de las principales virtudes de las grandes ciudades, pero, para decirlo en términos spinozianos, es claramente una expresión de su potencia. Así, sólo las principales ciudades como Nueva York, Londres o Tokio, se caracterizan por dar cabida a todas las funciones que puede asumir una ciudad; financieras, culturales, de innovación tecnológica, de comunicación. De manera que aquellas urbes cuya potencia –medida en términos relativos basándose en criterios poblacionales, económicos, relacionales–, resulta inferior, han de apostar decididamente por un limitado número de funciones.

Si la vieja teoría económica enfatizaba las ventajas comparativas a la hora de fomentar la competitividad de las naciones, esta necesidad de diferenciación se hace radicalmente más necesaria para sobrevivir en el competitivo entorno del sistema de ciudades europeo. A ello se añade la necesidad de perfilar ventajas competitivas sobre la base de la diversificación. No obstante, existen determinadas ciudades que

2 *El País*, 9 octubre de 2001

aspiran a una multifuncionalidad muy superior a la que su potencia como ciudades les permitiría, lo que se traduce en una estéril dispersión y viene a acentuar una crisis fiscal a través de déficits disparados. La actualidad política muestra que esta última es la realidad en que se encuentran inmersas las tres ciudades cabecera de provincia de la Comunidad Valenciana, enfrentadas en un proceso de rivalidad en el que las tres se empeñan en mostrar signos de capitalidad, dada la importancia referencial que tiene el marco provincial. En este sentido, puede hacerse transitivo al caso valenciano el análisis europeo de la redundancia de funciones nacionales.

Por tanto, frente a un imprescindible modelo de especialización a causa del menor tamaño comparativo y a una situación periférica, se refuerza el carácter aislado de cada una de las ciudades al potenciarse una especie de autarquía urbana.

Desde el punto de vista de la red de ciudades europeas, resulta evidente la esterilidad de esta competencia entre ciudades pertenecientes a un mismo ámbito territorial. Una competencia basada en el agravio comparativo y en la adscripción provincial. Frente a ello es necesario establecer relaciones de complementariedad basadas en la cooperación e insertas dentro de una estructura reticular que integre al conjunto de la Comunidad Valenciana. Especialmente porque una estructura reticular penaliza, no tanto el tamaño de los nodos, como su carácter redundante.

4.4. Multicefalia asimétrica en la Comunidad Valenciana

Así pues, insistir en el centralismo valenciano no conduce más que a potenciar el distanciamiento dentro de la fragmentación, realimentando el hiperlocalismo en un bucle que impide referirse a posibles vectores de entendimiento. No puede olvidarse que si Valencia es la tercera provincia española en cuanto aportación al PIB español, con un 5,65%, Alicante es la cuarta, con un 3,21%, lo que pone de manifiesto la necesidad de aceptar una realidad fuertemente multipolar, donde se encuentra la auténtica masa crítica de la Comunidad Valenciana³.

Por otra parte, no se puede ignorar la ventaja competitiva que se derivaría de una ciudad de Valencia que ejerciera de manera armoniosa la capitalidad efectiva de todo el territorio homogeneizado en el ámbito, cada vez más competitivo, de la red de ciudades europea. A escala europea, podría establecerse que la unidad nacional de los Estados Unidos es más eficiente económicamente que la pluralidad nacional europea. Pero los elementos de partida son diferentes. Así, en la Comunidad Valenciana esa imagen choca con una fragmentación realimentada históricamente, que impide su realización y que lleva a identificar a Valencia como el nodo más importante, por su peso poblacional y económico, del archipiélago de ciudades de la

3 Funcas (2000)

Comunidad Valenciana, pero asumiendo una multicefalia asimétrica al lado de otras ciudades importantes, y consiguiendo de esta forma una masa crítica suficiente gracias a unas economías de escala procedentes de la articulación de un sistema de ciudades coordinado y cooperativo, frente a lo que se podría conseguir gracias a una capitalidad centralizadora.

Se trataría, por tanto, de abandonar una idea de estratificación puramente arborescente, para facilitar un proceso de articulación ponderada, “reforzando la centralidad de las ciudades –de todas las ciudades, con las lógicas jerarquías derivadas de su tamaño y posición” (Nel.lo, 2001). Este tipo de articulación exigiría la cesión de actividades de unas ciudades a otras, especialmente por parte de una ciudad como Valencia que ha jugado un papel acumulativo de capitalidad inexistente, pero también de las otras capitales provinciales en nombre del resto del archipiélago valenciano, evitando el actual esterilizador solapamiento y potenciando la especialización intraterritorial.

Así, sería necesario empezar a abandonar la habitual inversión mayoritaria en el punto central del sistema jerárquico, en este caso la ciudad de Valencia, para adentrarse por un camino de inversión multipolar, bajo modelos de conexión que produzcan a medio plazo un cúmulo de sinergias que superen cuantitativa y cualitativamente los resultados que se derivan de la apuesta centralizadora, o por decirlo de otra manera, creando en la Comunidad Valenciana solidaridades entre sus eslabones y riqueza en la cadena.

Así, emprendedores y sin planificación que perdure en el tiempo, embarcados en un dinamismo desestructurado e inconstante, no puede extrañar que la tradicional radiografía de la actividad económica valenciana muestre una presencia más que significativa de profesionales autónomos junto a una miríada de pequeñas empresas, frecuentemente familiares, que la mayor parte de las veces salen adelante gracias al empuje y la intuición –en detrimento de una cultura empresarial organizada–, de baja implantación tecnológica y reducida cualificación profesional.

Así, el 88% de las aproximadamente 280.000 empresas de la Comunidad Valenciana emplea a menos de cinco personas⁴. Por otra parte, las pymes generan el 73% de la riqueza en términos de Valor Añadido Bruto (VAB) y el 88% del empleo⁵. Ante este minifundismo empresarial⁶, algunos autores, para no dejar de mencionar la palabra imprescindible en todo análisis de la realidad valenciana, han hablado incluso de desvertebración económica. Desvertebración que habría dificultado la

4 IVE (2000).

5 Fuente: Serie de estudios regionales BBVA: Comunidad Valenciana (2002).

6 Que Fuster hacía enlazar con la mentalidad agraria valenciana al escribir, “diríamos que es como una réplica del minifundismo”.

competitividad económica en un entorno en que se hacía cuestión principal del tamaño y de las economías de escala, según el predominante modelo anglosajón.

No obstante, estas pequeñas empresas han hecho frecuentemente de la flexibilidad y de la adaptación una de sus principales virtudes, estableciendo una primaria red de conexiones, basándose en subcontratos, parcelación de demandas unitarias, un recurrente recurso a la creación de redes de abastecimiento dentro de la economía informal (que la convierte en una de las regiones con mayor porcentaje de economía sumergida de toda la Unión Europea), alianzas precarias y temporales para procesos de fabricación o exportación, y toda una infinidad de interrelaciones débiles y variables que configuran una primordial vocación reticular, que les ha permitido mutarse a lo largo de las distintas crisis y conseguir así sobrevivir a lo largo de los años.

Sin embargo, la vía muerta que representa el puro mantenimiento de los sectores tradicionales, intensivos en mano de obra y competitivos gracias a los bajos precios, es ya innegable, puesto que no solo la productividad en la Comunidad Valenciana está significativamente por debajo de la media nacional, sino que también crece por debajo del promedio (Palafox, 2002).

5. TODAVÍA LA VÍA VALENCIANA

La gran aportación de Ernest Lluch (1976), al constatar que el dibujo que hacía Calchi (1973) de la industria de la Italia central y nororiental como coincidente con la industria valenciana, así como en lo referente a “la eficacia exportadora y, por tanto, competitiva de la empresa valenciana, pequeña y mediana”, exponían un modelo de desarrollo económico centrado en las pymes que no sólo se ha demostrado válido, sino que sigue más vigente que nunca. Especialmente cuando esas pequeñas y medianas empresas se constituyen en redes de cooperación económica más o menos estables, al tiempo que incorporan las nuevas tecnologías de la información, tal y como demuestran casos como los de Taiwan, Hong-Kong, algunas provincias chinas e incluso el caso de Silicon Valley.

De esta forma, el modelo empresarial de referencia de la Comunidad Valenciana no debería ser la gran corporación de corte anglosajón, tal y como proponía Lluch, sino el entramado de pequeñas empresas que, como en el caso del Norte de Italia, hacen de la tecnología, de la capacidad de maniobra asociada a su tamaño y de su gran interrelación, fuente de competitividad.

Sin embargo, las empresas de la Comunidad Valenciana siguen mostrando hoy en día una baja implantación tecnológica, un nivel de interconexión desestructurado dentro de los *clusters* y prácticamente inexistente entre ellos, un entorno de reducida inversión en I+D, con un gasto del 6,5% del ya de por sí reducido total nacional

para un peso global de la actividad aproximado al 10% del nacional. Además hay una reducida transición de las actividades tradicionales a las de nuevas tecnologías, tal y como demuestra el 1% de facturación sobre el total nacional en actividades relacionadas con las tecnologías de la información⁷, así como una reducida presencia de empresas de tamaño medio-grande. Todo lo cual muestra el progresivo deslizamiento hacia una economía cada vez más periférica, pero no en el antiguo sentido de distancia física sino, en lo que es peor, en el referido a la pérdida de importancia como nodo. Consecuentemente, se hace evidente la necesidad de un nuevo modelo de planificación regional.

6. CONCLUSIONES

El incremento de la complejidad en el nuevo entorno globalizado, está poniendo de manifiesto el bucle complejizador que se deriva de los intentos clásicos de reducir esa complejidad. Por el contrario, las nuevas formas de gobierno y planificación territorial parten de la complejidad como un potencial, derivando hacia aproximaciones sistémicas más eficientes. Al mismo tiempo, hace que la planificación territorial tienda a concebirse como un proceso abierto y en marcha, dada la multiplicidad de variables cambiantes. Como conclusión, cabe establecer la idoneidad de los planteamientos inclusivos y reticulares en la planificación territorial, no sólo a escala europea, sino en el ámbito de las propias comunidades autónomas. El caso valenciano es paradigmático. Así, una geografía urbana dispersa junto con un minifundismo empresarial difuminado en el territorio, representa un claro factor de complementariedad y evidencian las posibles sinergias que se derivarían de la potenciación de su incardinación activa en un entramado de relaciones reticulares. Y, al mismo tiempo, permiten difuminar la riqueza dentro de un territorio con centralidades históricas de dimensión variable, haciéndolas viables, al tiempo que la descentralización urbana propiciada por un archipiélago de ciudades facilitaría el acceso a las fuentes de competitividad a una industria concentrada en núcleos dispersos, reduciendo la actual distancia psicológica que la actual centralidad impone y generando así un bucle dinamizador para ciudades y empresas dispersas en el territorio.

7 Alto Consejo Consultivo (2000). Citado por Vicent Soler en el epílogo a la edición del año 2001 de *La vía Valenciana* de Ernest Lluch. Según la Encuesta sobre Innovación Tecnológica en las empresas 1998, elaborada por el INE, el gasto en I+D de la industria valenciana sobre el total estatal era del 6,9%. Por otro lado, según Calvo, J. L. (2000), la Comunidad Valenciana sólo representa el 1% de la inversión española en alta tecnología.

BIBLIOGRAFÍA

- BECATTINI, G (2002): 'Del distrito industrial marshalliano a la "teoría del distrito" contemporánea. Una breve reconstrucción crítica'. *Investigaciones Regionales*. Número 1, pp. 9-32.
- BECK, U. (1998): *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Editorial Paidós.
- BECK, U. y GRANDE, E. (2006): *La Europa Cosmopolita. Sociedad y Política en la segunda Modernidad*. Barcelona: Editorial Paidós.
- BORJA, J. y CASTELLS, M. (1997): *Local y global. La gestión de las ciudades en la era de la información*. Madrid: Editorial Taurus.
- CAMAGNI, R (2002): 'Incertidumbre, capital social y desarrollo local: enseñanzas para una gobernabilidad sostenible del territorio'. *Investigaciones Regionales*. Número 2, pp. 31-57.
- CASTELLS, M. (1997, 1998 y 2000): *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. 3 volúmenes. Madrid: Alianza Editorial. 2ª edición, volumen 1: 2001.
- DE MIGUEL, A. (1992): 'El País Valenciano ¿Pueblo decadente?'. Ninyoles, R. Ll. (coord.): *Estructura social al País Valencia*. Valencia: Diputació de Valencia.
- DELEUZE, G (1997): *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- FOUCAULT, M (1999): *Estética, ética, hermenéutica*. Barcelona. Editorial Paidós.
- GARCÍA FERRANDO, M. y A. ARIÑO (2001): *Postmodernidad y autonomía*. Valencia: Tirant Lo Blanch.
- GARCÍA FERRANDO, M.; LÓPEZ ARANGUREN, E. y M. BELTRÁN (1996): *La conciencia regional y nacional en la España de las Autonomías*. Madrid: CIS.
- HABERMAS, J. (1986): *La reconstrucción del materialismo histórico*. Madrid: Editorial Taurus.
- HABERMAS, J. (1999): *Más allá del estado nacional*. Madrid: Editorial Trotta.
- HERNÁNDEZ, T. (1997): 'Identificaciones territoriales ciudadanas'. Tezanos, J. F. (ed.): *Tendencias de futuro en la sociedad española*. Madrid: Editorial Sistema.
- LUHMAN, N. (1971) : 'Moderne systemtheorien als form gesamtgesellschaftlicher analyse'. Habermas, J. & N. Luhman: *Theorien der Gesellschaft oder Sozialtechnologie*. Frankfurt.
- LLOPIS, R. & VIDAL, M. (2006): 'Glocalización y Segunda Modernidad. Un reto económico identitario para la Comunidad Valenciana'. Fuster, A. et alii (eds.) *La economía regional en la globalización*. Alicante: Universidad de Alicante.
- LLUCH, E. (1976) *La via valenciana*. Catarroja: Editorial Affers (reeditado en 2000).
- MARTÍNEZ SERRANO et alii. (1980): *Introducció a la Economia del País Valencià*. Valencia: Eliseu Climent.

- PALAFIX, J: 'Los estragos de la industrialización valenciana'. *El País*, 7 diciembre 2002.
- SASSEN, S. (1996): *Losing control? Sovereignty in the age of globalization*. New York: Columbia University Press.
- SENNET, R. y U. BECK (2000): 'En busca de una nueva orientación'. *Archipiélago*, número 44, Madrid.
- TRULLÉN, J. LLADÓS, J. y BOIX, R (2002): 'Economía del crecimiento, ciudad y competitividad'. *Investigaciones Regionales*. Número 1 pp. 139-161
- YBARRA, J. A. (1998): 'Desarrollo local. Una perspectiva valenciana'. *Revista Valenciana d'Estudis Autònoms*. Número 25, cuarto Trimestre.
- ZOLO, D. (1992): *Democracy and complexity*. Cambridge: Polity Press.